

**Joaquín Barraquer**

Cirujano  
Director del Centro  
de Oftalmología  
Barraquer  
Presidente del  
Instituto Barraquer  
Presidente de  
la Sociedad Española  
de Oftalmología

Es un hecho evidente cómo ha evolucionado la Oftalmología en el tiempo que corresponde al ejercicio profesional de quien suscribe estas líneas. No obstante, es preciso puntualizar que el término "evolución" ha existido siempre, como un componente inherente a la especialidad, desde el albor de los tiempos, desde los pioneros que iniciaron el camino por el que ahora nosotros transitamos. En mi condición de miembro de tercera generación de una saga de oftalmólogos he sido testigo de este desarrollo, en el que mi abuelo y mi padre fueron no sólo partícipes, sino actores preeminentes de este camino evolutivo. Un pasado glorioso que los oftalmólogos de mi generación y las promociones que nos siguen hemos y estamos desarrollando en la actualidad. Una mirada con suficiente perspectiva de los cambios producidos en los siglos XX y el actual debería, no obstante, obligarnos a alguna reflexión. Los conocimientos técnicos aplicados en la Oftalmología se han basado en el desarrollo que la tecnología ha permitido en cada momento. Esto, que parece una obviedad, es un hecho lógico, pero que ha modificado claramente la actitud, la disposición, el posicionamiento y el control del oftalmólogo sobre la tecnología que utiliza. Es el matiz conceptual que transita entre los conceptos de revolución "mecánica" y "tecnológica". En los años de mi abuelo, mi padre, y parte de mi experiencia profesional, la Oftalmología se expresaba fundamentalmente en una base clínica, en la que la relación directa con el paciente era la parte más fundamental en el examen del caso, y en la decisión terapéutica y/o quirúrgica que se tomaba. Las ayudas externas, de carácter eminentemente mecánico, fueron haciéndose presentes, importantes, pero su desarrollo se inició cercano al oftalmólogo, de una forma entendible; se trataba de avances técnicos

basados en la evolución de la mecánica en la que el oftalmólogo era, en gran medida, autor y actor de sus actos y, lo que es más importante, muy poco o nada dependiente de nadie externo, o casi nadie.

La aplicación a la Oftalmología del explosivo desarrollo de la técnica y la informática ha conllevado una evolución de instrumentos y aparataje oftalmológico espectacular. Las posibilidades tecnológicas al servicio de la Oftalmología se han multiplicado en los últimos tiempos, llevando nuestra especialidad a unos niveles de excelencia inimaginables hace tan sólo unos pocos años. Pero este necesario abanico de posibilidades conlleva una dificultad añadida para el profesional, que no es otra que el alejamiento del mismo respecto de la comprensión y el conocimiento exhaustivo de los equipos que utiliza, tal es la complejidad tecnológica de los mismos. Parte de la independencia profesional del oftalmólogo ha quedado, así, en el camino. Pero bueno será este peaje si somos capaces de priorizar en nuestra actividad, como siempre hemos hecho, el contacto directo con el paciente. Saber utilizar la tecnología en un plano de apoyo a nuestra labor fundamental como oftalmólogos es, en la actualidad, y más será en el futuro, el reto más importante de nuestra especialidad. Mantener este arsenal tecnológico como apoyo y complemento imprescindible de nuestro trabajo, pero sin olvidar qué es lo fundamental en nuestro acto médico. En nuestras manos está seguir comportándonos como médicos de personas, priorizar la empatía, y saber aprovechar en todo momento la excelente oportunidad personal que tenemos de ayudar, de forma humana y próxima, a todos los pacientes que depositan en nosotros toda su confianza.